

honor de la hazaña colombina; el milanés, que conocía personalmente a Colón, fue el primero que, ya en 1493, se refirió a las Indias como *orbis novus*. Sus *Décadas* empezaron a publicarse bastante más tarde: en 1511 en Sevilla. Sin embargo, en 1504 apareció en forma anónima en Venecia, y en dialecto veneciano, un *Libretto di tutta la navigatione del Re de Spagna de le isole e terreni novamente trovati*, que no era más que un resumen (pirata) de la primera de las *Décadas* antedichas. Allí se narraban los tres primeros viajes de Colón, el de Pedro Alonso Niño y el de Vicente Yáñez Pinzón.

En 1507, Fracanzio di Montalboddo publicó en Vicenza los *Paesi novamenti ritrovati et Novo Mondo da Alberico Vesputio Fiorentino intitulado*, cuyo cap. 4.º era el antedicho *Libretto* en traducción italiana corregida. En 1508 se dio a la imprenta en Milán y en París la no muy elegante traducción latina de los *Paesi* por el cisterciense milanés Madrignani con el título de *Itinerarium Portugallensium ex Ulisbona in Indiam*. La referencia a los portugueses se debe a que los tres primeros capítulos de la obra de Montalboddo narraban las navegaciones de los portugueses, traducidas del portugués al italiano. Más tarde Simón Gryneo, teólogo protestante alemán, publicó una recopilación de Juan Hutiquio que contenía esta traducción de Madrignani y otros materiales; el conjunto (Basilea, 1532) es la obra conocida como *Novus Orbis*.

Esos otros materiales abarcaban dieciséis textos en diversos autores; la presente edición facsímil se limita a reproducir dos de ellos (con sus correspondientes traducciones de Domínguez), el primero de los cuales ya figuraba en la colección de Montalboddo y en la de Madrignani; los dos textos son de Vesputio: su epítome (*Navigationum Alberici [sic] Vesputii epitome*, de 1503 o 1504, previamente difundido con el título de *Mundus Novus*) y su narración de los cuatro viajes (*Americi Vesputii Navigationes IIII*, de 1504 o 1505 o 1506); no se sabe en qué lengua escribió Vesputio originariamente estos trabajitos.

El ejemplar del *Novus Orbis* empleado para esta edición llegó a la Real Colegiata de León encuadrado junto con otras obras que también se habían impreso en Basilea por la misma época; el bibliotecario de la institución isidoriana puso en su momento, al volumen completo, el título global de *Novi Orbis Descriptio*, si bien no todos sus textos se ocupan del Nuevo Mundo. Volviendo a nuestro *Novus Orbis*, el cual tampoco contenía exclusivamente textos sobre el Nuevo Mundo, importa señalar que la presente publicación no es una edición crítica, sino que la crítica del original latino se limita a una «fe de erratas» del traductor y a una serie de aclaraciones utilísimas puestas por el mismo en las notas; a este Domínguez cabe el mayor mérito de la obra, si bien no debe olvidarse la enjundiosa introducción de Paniagua.

**Visiones, curaciones y arte en el Antisuyo**, Jerónimo Eláez Ramírez, Qosqo: Municipalidad del Qosqo, 1995, 110 págs.

Este librito del antropólogo Eláez trata del chamanismo (en particular la medicina, incluyendo las drogas) que se practica en el Antisuyo (región N.E. del antiguo imperio incaico, aunque en la actualidad se extiende mucho más hacia la selva amazónica que entonces). La sesión chamánica (p. 13) evidencia un carácter totalizador: la causa de la enfermedad es buscada «en un desarreglo social y ecológico» (p. 14).

Para los indígenas, el mundo mítico y ancestral es más real que el cotidiano; ello se debe en buena parte a que toman contacto con aquél gracias a las drogas, las principales de las cuales son (en dicha zona) el ayahuasca, el toe, el tabaco y la coca. El objetivo de tomar contacto con el mundo de lo trascendente es aumentar el saber y el poder (p. 32). Aparte de los alucinógenos, se emplean con la misma finalidad el alcohol, la música de tambor y la falta de sueño (p. 28). En su cerámica y sus tejidos, los indígenas usan los dibujos que ven en las alucinaciones.

El mundo espiritual antisuyano es animista: todo ser tiene espíritu. Hay espíritus con poder y otros sin poder. El chamán se adueña de ellos en sus trances y los convierte en espíritus ayudantes (p. 39). El aprendizaje chamánico «dura de seis meses a dos años» (p. 40);

aunque el autor no lo diga, esta importante diferencia de la duración resulta de la existencia de distintos grados de aprendizaje: el primero se alcanza a los seis meses, y el de «maestro» a los dos años, aunque la duración no está preestablecida de manera rígida. A esto se añade «un asunto de extrema importancia: el aprendizaje se basa más en la comunicación con los espíritus en el trance que en la enseñanza del maestro» (p. 40).

Eláez suministra, finalmente, muchos detalles más sobre las prácticas terapéuticas y las alucinaciones. Sobre estas últimas, dedica mucho espacio a buscar una interpretación científica aceptable, importante para quien acepta el valor empíricamente constatable de sus efectos (por ej. los terapéuticos y los creativos en el arte); es una confrontación útil con las opiniones encontradas que han emitido al respecto diversos autores importantes, algunos de los cuales (como Aldous Huxley y Carlos Castaneda) parten de experiencias personales con alucinógenos.

**Visión castrense del antiguo Perú**, Rómulo Zanabria Zamudio, Qosqo: Municipalidad del Qosqo, 1994, 242 págs.

Esta obra es única en su género. Hasta ahora no existían más que tratamientos parciales del tema; Zanabria, en cambio, abarca todas las épocas prehispánicas con sus respectivos hábitos guerreros: la

más remota de cazadores y recolectores (comenzando con una descripción geográfica), la de los primeros ejércitos propiamente dichos (Chavín, Sechín, Parakas, Nazca, Recuay, Moche y Vicús) y la de Tiawanako y culturas subsiguientes (Wari, Chimú y Chachapoyas), para concluir con una detallada exposición del Tawantinsuyu.

Uno de los méritos de esta obra es no limitarse a lo castrense sino, más bien, exponerlo siempre en el contexto de la cultura tanto material como espiritual. Así, por ejemplo, en el capítulo inicial se discuten las formas primigenias de sobrevivencia, la creación de los primeros ayllus, el matriarcado concomitante a la aparición de la agricultura, el inicio de la sociedad estratificada, etc., y en los capítulos siguientes se informa cada vez más sobre la religión y la estructura social de los pueblos tratados.

Sin embargo, es lógico que se dé preferencia a armas y tácticas guerreras. La flecha, la honda y la estólica o propulsor aparecen ya en el período lítico; la estólica se usa luego mucho en Chavín, donde probablemente aparecen los primeros escudos; Sechín cuenta con estólicas pero no con escudos; Paracas, con porras y hachas pero no con estólicas; etc. Las armas, por otra parte, delatan modalidades guerreras: si en Recuay y Moche (grandes enemigos, protagonistas de «las más feroces y encarnizadas batallas de la historia del Antiguo Perú»: p. 67) se usaban sobre todo mazas y escudos, es porque allí se

prefería el combate cuerpo a cuerpo. En las primeras culturas estatales se supone que la táctica habitual de combate habrá sido la del ataque por sorpresa, con matanza general de los vencidos, excepto los que se dejaran para servir de esclavos o para sacrificios humanos. Dicha matanza general parece haberse aminorado en la cultura moche (por lo demás sumamente guerrera), la cual perfeccionó la maza y el escudo.

Con Tiawanako se revoluciona el arte militar: la incorporación del arco y la flecha (armas ya conocidas en la zona selvática pero no en la serrana) permite combatir a distancia, con lo cual el ataque por sorpresa deja de ser la única táctica posible; además la coexistencia de armas para el combate a distintas distancias da origen a unidades especiales (arqueros, honderos, lanceros, porreros y hacheros), lo cual introduce aun más posibilidades tácticas. La alternancia de sequías e inundaciones en el Altiplano debe de haber sido la causa de que los tiawanakenses hayan tratado de expandirse por otros territorios; partiendo de los rastros arqueológicos de dicha expansión, Zanabria imagina dos ejércitos, uno de los cuales habría bajado a la costa para llegar hasta Nazca y fundirse con la población local, y el otro habría avanzado por la sierra hasta Ayacucho, donde se fundió pacíficamente con los warpa y dio origen a la cultura wari (y a la lengua quechua, según el autor); ésta, a su vez, debido a que el